

"LA NACION" Sept 17, 1961

"Deja que los Perros Ladren"

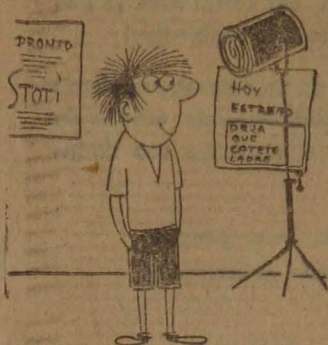
El jueves estábamos ya listos para sentarnos a comer, cuando apareció mi tío Anáforo con la tía Maclovia, que venía más elegante que la yegua del payaso, con un sombrero lleno de plumas en todas direcciones, como un loro europeo por un Mitsubishi, y un tremendo abrigo de piel, en el que deben haber entrado por lo menos unos sesenta gatos, y de los grandes. Según mi tío, a eso se debía

la escasez de gatos que hay últimamente, ya que la CUT no pudo juntar ni cuatro para su último desfile.

Pero yo no quería hablar de gatos, sino que de perros. Porque resulta que mi tío había venido a invitarnos a la "première" de la última película chilena, "Deja que los perros ladren", y por eso es que venían tan pintudos.

Así que partimos con mi papá, mi mamá, la colérica de mi hermana, mi hermano chico y el gato, al Teatro Pacifico.

Cuando llegamos había una cola más larga que la que se hacía para comprar té, cuando



el diputado Altamirano era Subsecretario de Economía de mi General. Se trataba de la gente del ambiente teatral y cinematográfico, que quería salir en los noticiarios que se estaban filmando, y yo que también me quise meter al medio para ver si salía en la película, recibí un tremendo empujón de una gorda con cara de soprano, y fui a parar al guardarropía.

Después entramos a la sala, y en lugar de dar películas, empezaron a decir discursos como malos de la cabeza. El director, el autor, los actores, los electricistas, los músicos, los pintores, y hasta el jardinero de Chile Films, contaron que íbamos a ver la primera película chilena. Y si los acomodadores del teatro no hubieran estado tan ocupados sentando a la gente, también habrían echado su discursito. Claro que como la sala estaba llena de gailos que también habían hecho la "primera" película chilena, se veían más caras de enojados que en un Pleno Socialista, en que se lea el folleto de Weiss.

Por último, apagaron las luces para que no subieran más oradores al escenario y comenzó la película.

Yo la encontré ré buena, aunque parece obra de teatro, porque la gente se lo habla todo adentro de una pieza, y no hay ni indios a caballo, ni policías, ni balazos, que es como debe ser una película.

Pero así y todo, es recontra entretenida, porque sale un ministro más fresco para los negociados que unos que conoció mi papa el 52. También sale un diario igualito a "Clarín", pero el dueño es mucho más flaco que Volpone, aunque vivan del mismo negocio. Claro que si Kramarenco, que dirigió la película, hubiese visitado LA NACION, para documentarse cómo es un diario, no habría puesto floreros con rosas en la oficina del Director, ni se le habría pasado por la mente poner máquinas de escribir último modelo. Claro que tampoco las máquinas de escribir de LA NACION habrían soportado un viaje hasta Chile Films, para darle realidad a la escena.

La otra cosa que no entendí es la novia del cabro. Parece que esta cabra debe tener muchas ganas de ser estrella de cine, porque aparecía en la calle cada vez que veía que iban a filmar, aunque no viniera al caso. Se parecía a la Matilde Ladrón de Guevara, por lo metete.

Así que, gracias a las facilidades que hay en Chile para los cinematografistas, como ser, el depósito del 400 por ciento para la importación de material, y algunos derechos de aduana sin importancia, ha podido salir otra película nacional. Y ésta va a gustar de veras, aunque algunos perros ladren. Pero hay que dejarlos.

Bigote